

[Publicado en *El Periódico de Aragón*, Zaragoza 4-IX-1997]

Teologías

Guillermo Pérez Sarrión

La tradición intelectual en España ha tenido y tiene, en virtud de nuestra peculiar trayectoria histórica, diferencias llamativas con la mayoría de países europeos. Una de las más destacables es la despreocupación por conocer los fundamentos históricos de la fe y la práctica católicas, y en concreto por conocer lo que el cristianismo ha sido históricamente, a la costumbre o tradición de fundamentar poco o nada en la historia la fe y la práctica religiosas (católicas).

Un factor que explica esto es la historia misma de la Iglesia en España, en cierto modo terrible, construida sobre expulsiones (protestantes, judíos, moriscos) e intolerancias. La Iglesia, en tanto que institución temporal, ha sido protagonista dominante y con frecuencia exclusiva de nuestra historia más reciente. Bloqueo agrario, desamortización, pactos políticos Iglesia-estado, concordatos, monopolio educativo, acuerdos diplomáticos con la Santa Sede, han sido cuestiones decisivas en todas las coyunturas de cambio social importantes (Guerra de Independencia y revolución burguesa, II República, transición política de los 70). El control por el Estado de su propia relación con la Iglesia católica y del poder de ésta en esos momentos fueron elementos previos y clave a resolver para lograr los demás. Y esto explica la también tradición anticlerical española. Es un anticlericalismo político, con frecuencia desligado de toda práctica religiosa, asociado a la idea de progreso, que empezó al menos con los ilustrados y llega hasta hoy mismo a través de actitudes como el anticlericalismo doctrinario del primer PSOE del comienzo de la transición política o el de una parte de la derecha liberal.

El otro factor es la peculiar evolución de la investigación teológica y bíblica en España, país dominado por el catolicismo, donde nunca ha tenido peso la rica tradición especulativa de las iglesias reformadas, desarrollada en campos como la teología, la exégesis bíblica o la sociología e historia de la religión. Es una tradición en parte derivada de la multiconfesionalidad del mundo cristiano centroeuropeo y anglosajón, que tiene su centro en el gran interés que despierta el estudio y conocimiento de la Biblia y la tradición protocristiana. La comparación con el islamismo es definitiva. La historia del Islam cuenta con un número de estudios asombroso en términos proporcionales sobre los tiempos de Mahoma y los primeros califas: es, ante todo, una historia de sus orígenes. Y esto es justamente lo que ocupa también, en el cristianismo, la rica tradición bíblica europea.

La tradición tiene su reflejo institucional en que muchas universidades europeas cuentan con facultades de teología y/o ciencias de la religión que proporcionan ciencia e investigación a un público en buena parte laico. En cambio en España los estudios de teología se desarrollan casi todos en el seno de facultades dependientes de la Iglesia católica; no resulta fácil estudiar ciencias de la religión fuera de ámbitos marcadamente religiosos o confesionales. A estas alturas, las universidades públicas, masificadas, con escasos presupuestos, tienen problemas más acuciantes que crear facultades de teología o ciencias de la religión (de crear una tradición que hoy no existe) cuya justificación sería además difícil de explicar al cuerpo académico y social. En estas universidades los departamentos de historia hacen de una u otra forma, historia de la Iglesia; los departamentos de antropología, filología clásica, filosofía, sociología, estudian la

teología, la exégesis bíblica, la sociología de las religiones, el primer cristianismo. Pero estos cuerpos científicos están perfectamente desligados entre sí y en ellos las materias citadas se estudian con propósitos, en contextos intelectuales y para estudiantes que no tienen nada que ver con quienes realizan estudios en las facultades de teología de la Iglesia católica, y por supuesto con estudiantes de facultades centroeuropeas.

La situación tiene consecuencias visibles e importantes en la actuación de la comunidad católica y en la imagen misma del fenómeno religioso en el conjunto de la sociedad. El cuerpo clerical en cuyas manos está mayoritariamente la pastoral de la Iglesia, tiene poco en cuenta la propia tradición histórica cristiana y sustenta su actuación casi sólo con la enseñanza dogmática recibida en los centros de la propia Iglesia. El discurso católico predominante sigue anclado en confundir la historia de la humanidad con la historia de la salvación (la historia desde la ciencia con la historia desde la fe), tiene muy poco en cuenta lo que históricamente fueron las primeras comunidades cristianas en el Imperio romano (un importante elemento renovador), y pasa por alto partes críticas esenciales de la historia eclesiástica, que se tiende a confundir con la Iglesia como institución o incluso con la del clero.

El resultado final es una tendencia a intentar entender lo que pasa en la sociedad civil sólo (subrayo: sólo) desde la perspectiva de la fe, con el resultado de con frecuencia no llega a entenderse lo que pasa. Y el escaso conocimiento en la Iglesia de la propia tradición histórica cristiana impide el diálogo crítico interno y externo, refuerza el creciente conservadurismo de la Iglesia y las corrientes internas menos participativas, y quita fuerza a todo planteamiento renovador.

Finalmente, en la propia sociedad civil esta situación refuerza la idea de que en sí la religión, cuya percepción cultural se identifica sólo con la religión católica, es algo destinado a morir, y que sólo en la medida en que muera la sociedad podrá progresar, como lo prueba su opuesto, la creciente confusión entre religión y nacionalismo observable en países tan distintos como Israel, los países islámicos o la India. Y en los ambientes declaradamente aconfesionales (o sea: acatólicos) se extiende la idea de que la religión, en cuanto tal, conduce, antes o después, al integrismo religioso. El Vaticano II ha muerto: viva el Santo Oficio. El agnosticismo lleva así al anticlericalismo.

Urge la mayor fundamentación científica del hecho religioso, y el desarrollo de una investigación especulativa y no sólo confesional del catolicismo. Sólo el mejor conocimiento de la religión no sólo como fe sino también como ciencia, práctica social y fenómeno histórico, dará profundidad a la fe de los creyentes, fomentará el diálogo y la participación creativa dentro de la propia comunidad católica e irá cambiando la idea que sigue extendiéndose en la sociedad civil de que sin la muerte de la religión no hay progreso posible. Una idea tan anticuada como la misma concepción de la religión que pretende combatir.

(1.050 palabras)